

EL ESPÍRITU DEPORTIVO



**George
Orwell**

1945

EL ESPÍRITU DEPORTIVO

Ahora que la breve visita del club de fútbol Dynamo¹ llegó a su fin, ya se puede decir públicamente lo que muchas personas reflexivas venían diciendo en privado antes de que el Dynamo siquiera llegara al país. A saber: que el deporte es una fuente inagotable de hostilidad, y que si una visita como esta tuvo algún efecto en las relaciones anglo-soviéticas, solo pudo haber sido el de empeorarlas un poco más.

Incluso los diarios se vieron incapaces de ocultar el hecho de que, al menos dos de los cuatro partidos jugados, generaron un gran resentimiento. Alguien que estuvo ahí me contó que, en el partido contra el Arsenal, un jugador británico y uno ruso terminaron a las piñas y el público abucheando al árbitro. El partido de Glasgow², según me informa otra persona, fue directamente una batalla campal desde el arranque. Y además tuvo la controversia, tan típica de nuestra época nacionalista, en torno a la composición del equipo del Arsenal. ¿Era realmente un seleccionado de toda Inglaterra, como aseguraban los rusos, o apenas un equipo de la liga, como sostenían los británicos? ¿Y acaso los del Dynamo terminaron su gira abruptamente para evitar jugar contra un seleccionado inglés? Como de costumbre, cada quien responde a estas preguntas según sus preferencias políticas. Aunque, a decir verdad, no absolutamente todos. Noté con interés, como un ejemplo de las pasiones feroces que provoca el fútbol, que el corresponsal deportivo del *News Chronicle* -un diario rusófilo- adoptó la postura antirusa y sostuvo que el Arsenal no era un seleccionado de toda Inglaterra. No hay dudas de que la polémica va a seguir resonando durante años en las notas al pie de los libros de historia. Mientras tanto, el resultado de la gira del Dynamo, en la medida en que haya tenido algún resultado, habrá sido el de generar un nuevo resentimiento en ambas partes.

¿Y cómo podría ser de otra manera? Siempre me asombra escuchar a la gente decir que el deporte genera buena voluntad entre las naciones, y que si los pueblos del mundo pudieran encontrarse en una cancha de fútbol o de críquet, no tendrían ninguna inclinación a encontrarse en el campo de batalla. Incluso

1 [N.deE]. El Dinamo de Moscú, realizó una gira por el Reino Unido en noviembre de 1945, tres meses después de finalizada la Segunda Guerra Mundial. El viaje, promovido como un ‘acercamiento entre aliados’, terminó en tensiones, acusaciones cruzadas y enfrentamientos en los partidos.

2 [N.deE]. El Dinamo se enfrentó al Rangers en un partido que terminó 2-2 con una batalla campal y la anécdota del equipo soviético jugando con 12 jugadores aprovechando la densa niebla en el estadio.

si uno no supiera por ejemplos concretos (los Juegos Olímpicos de 1936, por caso) que las competencias deportivas internacionales derivan en orgías de odio, uno podría deducirlo por puros principios generales.

Casi todos los deportes que se practican hoy en día son competitivos. Se juega para ganar, y el juego pierde casi todo su sentido a menos que uno haga el máximo esfuerzo por vencer. En la plaza del pueblo, donde se arman equipos ocasionales y no hay ningún sentimiento de patriotismo local en juego, es posible jugar simplemente por diversión o por hacer ejercicio; pero en cuanto surge la cuestión del prestigio, en cuanto uno siente que uno mismo y una comunidad mayor van a quedar en vergüenza si se pierde, se despiertan los instintos combativos más salvajes. Cualquiera que haya jugado aunque sea un partido de fútbol en la escuela lo sabe. A nivel internacional, el deporte es francamente una parodia de la guerra. Pero lo significativo no es el comportamiento de los jugadores, sino la actitud de los espectadores; y, detrás de ellos, de las naciones que se ponen furiosas por estas competencias absurdas, y creen seriamente -al menos por un rato- que correr, saltar y patear una pelota son pruebas de la virtud nacional.

Incluso un juego pausado como el críquet, que exige más elegancia que fuerza, puede causar una gran hostilidad, como ya vimos en la controversia sobre el *body-line bowling*³ o en las tácticas bruscas del equipo australiano que visitó Inglaterra en 1921. El fútbol, un juego donde todos terminan lastimados y cada nación tiene su propio estilo de juego que a los extranjeros les parece desleal, es muchísimo peor. Y lo peor de todo está en el boxeo. Uno de los espectáculos más espantosos del mundo es una pelea entre boxeadores blancos y de color ante un público mixto. Pero el público del boxeo siempre es desagradable, y el comportamiento de las mujeres, en particular, es tal que el ejército, tengo entendido, no les permite asistir a sus eventos. De hecho, hace dos o tres años, cuando la Guardia Local y las tropas regulares organizaron un torneo de boxeo, me mandaron a hacer guardia a la puerta del salón con la orden de no dejar pasar a las mujeres⁴.

3 [N.deE]. Fue un estilo de lanzamiento sumamente agresivo creado por la selección inglesa de críquet en la temporada 1932-1933 para frenar a Australia. Consistía en tirar la pelota directo al cuerpo del bateador a gran velocidad para obligarlo a defenderse físicamente, provocando graves lesiones, protestas gubernamentales y tensiones en las relaciones diplomáticas entre ambos países.

4 [N.deE]. Habría que ver, respondiéndole a Orwell, si el excluir a las mujeres de los eventos no responde a la clásica lógica patriarcal de este tipo de actividades, antes que “a su comportamiento”.

En Inglaterra, la obsesión por el deporte ya es bastante grave, pero se despiertan pasiones todavía más feroces en los países jóvenes, donde la práctica de los juegos y el nacionalismo son desarrollos recientes. En lugares como la India o Birmania, es necesario tener fuertes cordones policiales en los partidos de fútbol para evitar que el público invada la cancha. En Birmania, vi a los hinchas de un equipo romper el cerco policial e incapacitar al arquero rival en un momento crítico. El primer partido importante de fútbol que se jugó en España, hace unos quince años, derivó en un disturbio incontrolable. En cuanto se despiertan sentimientos intensos de rivalidad, la idea de jugar bajo las reglas desaparece por completo. La gente quiere ver a un bando en la cima y al otro humillado, y se olvida de que la victoria obtenida mediante la trampa o por la intervención del público no tiene ningún sentido. Incluso cuando los espectadores no intervienen físicamente, intentan influir en el juego alentando a su propio equipo y “desestabilizando” a los jugadores contrarios con abucheos e insultos. El deporte de alta competencia no tiene nada que ver con el *juego limpio*. Está ligado al odio, la envidia, la jactancia, el desprecio por todas las reglas y el placer sádico de presenciar la violencia; en otras palabras, es la guerra pero sin los disparos.

En lugar de llenarse la boca hablando de la rivalidad sana y limpia en las canchas de fútbol y el gran papel que cumplen los Juegos Olímpicos para unir a las naciones, resulta más útil indagar cómo y por qué surgió este culto moderno por el deporte. La mayoría de los juegos que practicamos hoy en día tienen un origen antiguo, pero no parece que el deporte se haya tomado muy en serio entre la época romana y el siglo XIX. Incluso en los colegios pupilos ingleses, el culto a los juegos no empezó hasta fines del siglo pasado. El doctor Arnold⁵, considerado por lo general como el fundador del colegio pupilo moderno, veía a los juegos simplemente como una pérdida de tiempo. Después, principalmente en Inglaterra y Estados Unidos, los juegos se estructuraron como una actividad fuertemente financiada, capaz de atraer a multitudes inmensas y despertar pasiones salvajes, y la infección se propagó de país en país. Los deportes que más se extendieron fueron los más violentamente combativos: el fútbol y el boxeo. No cabe mucha duda de que todo esto está ligado al auge del

5 [N.deE]. Thomas Arnold (1795-1842), célebre pedagogo británico y director de la escuela de Rugby. Es una figura muy importante en Inglaterra porque reformó por completo el sistema de colegios privados de élite (public schools), orientándolos hacia la disciplina moral y el estudio clásico. Aunque Orwell señala que despreciaba los deportes, los sucesores de Arnold terminaron usando el atletismo y los juegos organizados como la base de la educación victoriana.

nacionalismo, es decir, a esa locura moderna de identificarse con grandes unidades de poder y ver todo en términos de prestigio competitivo. Además, los juegos organizados tienen más probabilidades de prosperar en comunidades urbanas, donde el ser humano promedio lleva una vida sedentaria o al menos confinada, y no tiene demasiadas oportunidades para el trabajo creativo. En una comunidad rural, un chico o un joven gasta gran parte de su exceso de energía caminando, nadando, jugando a las guerras de nieve, trepando árboles, montando a caballo y mediante varios deportes que implican crueldad hacia los animales, como la pesca, las riñas de gallos y la caza de ratas con hurones. En una gran ciudad, uno tiene que volcarse a actividades grupales si quiere una vía de escape para su fuerza física o para sus impulsos sádicos. Los juegos se toman en serio en Londres y Nueva York, y se tomaban en serio en Roma y Bizancio; en la Edad Media se jugaban, y probablemente con mucha brutalidad física, pero no estaban mezclados con la política ni eran causa de odios colectivos.

Si uno quisiera contribuir al enorme caudal de hostilidad que existe en el mundo en este preciso momento, difícilmente podría encontrar una mejor manera de hacerlo que organizando una serie de partidos de fútbol entre judíos y árabes, alemanes y checos, indios y británicos, rusos y polacos, e italianos y yugoslavos, cada uno de ellos ante un público mixto de cien mil espectadores. Por supuesto, no pretendo sugerir que el deporte sea una de las causas principales de la rivalidad internacional; el deporte a gran escala es, creo yo, apenas otro efecto de las mismas causas que produjeron el nacionalismo. Con todo, las cosas empeoran cuando se envía a la cancha a un equipo de once hombres, catalogados como campeones nacionales, a batirse a duelo contra algún equipo rival, permitiendo que de ambos lados se sienta que la nación derrotada va a “perder el prestigio”.

Por lo tanto, espero que no continuemos la visita del Dynamo enviando un equipo británico a la URSS. Si nos vemos obligados a hacerlo, mandemos entonces a un equipo de segunda línea que tenga la derrota asegurada y del cual no se pueda decir que representa a Gran Bretaña en su conjunto. Ya existen bastantes motivos reales de conflicto en el mundo como para andar sumando otros nuevos al incentivar a un grupo de jóvenes a agredirse y pegarse patadas en las canillas en medio de los rugidos de un público enfurecido.

George Orwell. Tribune, 14 de diciembre de 1945.